

## REFLEXIONES SOBRE UN VÉRTIGO DE 5000 AÑOS<sup>1</sup> CARTA A MARCO MATOS

*JORGE IGNACIO COVARRUBIAS<sup>2</sup>*

**E**stimadísimo Marco:

He tenido el gusto de sumergirme en el “Vértigo” de tus poesías y de disfrutarlas. Me han impactado y me han hecho reflexionar. Por empezar, tu definición de poesía me parece acertadísima, eso de querer expresar lo inefable. Allí está su magia y su dificultad.

Ya la primera joyita, “Lanzas”, me llamó la atención por todo lo que dice y sugiere en tan pocas palabras. Me parece que adhieres a ese magnífico precepto del “*Multa paucis*”, de decir mucho con poco, en una suma concentración. Veo esas ‘lanzas’ como el antecedente de las ‘flechas’ de los otros poemas. Y también la identificación del ‘silencio’ de “Lanzas” con el “motor de lo callado” del corazón en “Belleza”.

“Tal vez haya otro lenguaje más allá del desierto de los tártaros”, escribes, y enseguida lo identifico con tu interés por incursionar en el futuro en la Mesopotamia de Gilgamesh (cuando lo hagas, verás ese mundo mágico sumerio-acadio que anticipa el Jardín del Edén, el mito del Diluvio y de Noé como también el rey acadio Sargón I anticipa el mito de Moisés recogido de una canasta de las aguas). ¿Habrà otro lenguaje? Quizás encuentres, no una respuesta sino una búsqueda similar a la tuya, cuando los primeros escribas sumerios

<sup>1</sup> Invitamos a la lectura de los poemas que comenta esta nota en la sección “Lo que vendrá” de este mismo número.

<sup>2</sup> ANLE. Escritor, traductor, periodista y editor. <http://www.anle.us/234/Jorge-Ignacio-Covarrubias.html>

punzaban las tablillas de arcilla con los punzones para balbucear en cuneiforme, que de ayuda memoria para el comercio permitió paulatinamente fijar las expresiones más inquietantes de la intimidad y crear la historia.

“No toco la belleza”, dices más adelante, ya que el corazón, callado, se limita a observar la quietud y la calma de las nubes a lo alto. Y dices una palabra para ti mismo y para el mar.

En “Opuestos” te inquieta la necesidad de expresar ese temblor de la vida en el pico del pájaro mientras te seduce el mar del silencio. Sigue la palabra callada.

¿Sabes qué es lo primero que se me ocurrió con “Estaciones” y que después confirmé en la última poesía, “Casa misteriosa”? Que tu búsqueda coincide con las “Correspondencias” de Baudelaire. En “Estaciones” ves las palabras como puentes “colgantes y ciegos resplandores”, y por algún motivo pensé en esas correspondencias, donde las líneas verticales trazan paralelismos exactos con las líneas horizontales temáticas. Y me alegré de confirmarlo en “Casa misteriosa”, donde dices: “Quiero conocer el origen de las cosas, saber cómo se corresponden, tener el lenguaje primordial del principio del mundo”. Aquí me evocaste *El lenguaje olvidado*, de Erich Fromm, que es el lenguaje de los símbolos primordiales, afín a los que pululan en el inconsciente colectivo de Jung y que tan bien clasifica Eduardo Cirlot en su *Diccionario de símbolos*.

También me llamó la atención esa supresión del tiempo (“El presente es el pasado y el futuro. Es el águila longeva...”) de “Estaciones” y la supresión del espacio (“Estoy arriba y estoy abajo”) de “Ciclo maravilloso” y (“El norte se ha hecho sur, y el sur, nada”) de “Sonámbulos”. ¿La anulación de las dimensiones es lo que se siente en aquel momento especial de las “revelaciones fantásticas” que aparecen como un golpe intuitivo —el del maestro zen— en *Las mil y una noches*?

En “Ciclo maravilloso” veo flotar las “nubes invictas” (¡qué frase acertada!) en la lejanía, inalcanzables.

Y en “Vértigo” la lanza se convierte en una flecha que “está a punto”, que se queda en el umbral, que es un indicio de inminencia. Pero si llega ¿apenas toca? Me recuerda a la flecha del arquero zen, que parece una parábola de que el trayecto es más importante que el blanco en sí. Disparar la flecha —intentar describir lo inefable— es el imperativo categórico. ¿Es infructuoso? ¿O será que lo infructuoso es no intentar el disparo?

En “El lenguaje del universo” el habla está encadenada. Pero a veces —otra vez ese instante de las revelaciones fantásticas— “la deidad ilumina al hombre y lo conduce a zonas misteriosas donde mora el lenguaje transparente del universo entero”. ¿La intuición reveladora? Pero otra vez llega la sentencia inapelable: “Y no hay palabras”. ¿No será como en el poema anterior que lo que vale es la aproximación? ¿No será que el deber del que está encadenado en la caverna platónica sea tratar de descubrir la verdad que sugieren las sombras? ¿La pretensión hindú de rasgar el velo de la “maya”, o sea, de las apariencias?

En “Nacimiento de la belleza” hay un consejo sutil, muy anterior a la búsqueda del ser. “Teje tus palabras de cristal y de azurita”. El imperio de la forma es un valor por derecho propio. La belleza de la palabra refleja la belleza de lo que expresa, o por lo menos establece una nueva “correspondencia” en un mundo donde todo está interrelacionado, tal como la literatura se presta a la intertextualidad. Y en “Vaho” y “La perfección” se refuerza el consejo: “limpiar el lenguaje”, proferirlo “nítido”. Además de callar “hasta que reviente la palabra”. Porque la palabra es de por sí polisémica, cargada de connotaciones por las capas aluvionales de la cultura a través de generaciones sucesivas de hablantes.

“Croar” es una especie de haiku prolongado. Es muy visual, y las dos últimas líneas parecen una estampa china. Por algún motivo me recuerdan unos versos que escribí de chico y que solo tenían el valor de la intimidad: “Que las aguas del río se tiñan / con la sangre que mana de mi boca / yo que en muda contemplación observo / el paso de las aguas por las cuales / flota una hermosa, lejana, inaccesible flor de loto”. No pretendo comparar tu poesía de alto vuelo con mi impresión juvenil, pero me lo hizo recordar vívidamente. También me evoca una estampa zen o una ilustración del Libro del Tao.

En “Camino justo” nuevamente se insinúa esa supresión de tiempo y espacio: adentro se puede buscar lo que está afuera, por esas correspondencias que suponen que el hombre es reflejo del mundo, que lo micro y lo macro se corresponden. Por eso el hombre es único pero también igual a todos los demás.

Otro impacto es “El centro del lenguaje”, donde vuelve a aparecer el arquero zen con la flecha que apunta lejos, al igual que el practicante de karate que quiere pulverizar el ladrillo nunca apunta al ladrillo sino más allá, con la misma calma que permite sujetar las bridas del corcel salvaje, el dragón de San Jorge, el torrente de palabras.

¿Es posible entonces llegar al centro del lenguaje? ¿Hay esperanzas de que la flecha pueda dar en el blanco? En “Cumbres” la flecha apunta mucho más allá, “hacia lo desconocido del universo”.

En “Sangre” el silencio se impone en la alternativa vida-palabra. ¿No será que la cultura, mediadora entre el hombre y la naturaleza, a veces se interpone entre una y otra? La escritura apenas rasga el papel de la historia, y para que lo haga, uno entre millones, se necesita un Homero. Si no, se desvanece para la eternidad.

“Casa del ser” me parece una postulación ontológica. A un dramaturgo le preguntaron qué buscaba con sus obras, y respondió “nada más que indagar el ser”. Nada más y nada menos. El poema sugiere que la búsqueda constante en la diversidad y multiplicidad ayuda a allegarse a esa imponente y mítica “casa del ser” que es la última morada.

“Nada” me hizo evocar a Herman Hesse por ese “busca dentro de ti / lo diferente / y usa lo que descubres / para saberte igual / a todos”. Parece una descripción de *Demián*, *El lobo estepario* o *El juego de abalorios*. Y “Nada”, al igual que “Cenizas”, insiste en la letanía: “Eres único / y por eso vives” “Eres único y estás solo...” pero aquí “como un pájaro”, ese pájaro que en poemas anteriores se veía al igual que las nubes como un símbolo de lo inalcanzable.

Las dos últimas poesías parecen resumir todo lo que se enunció antes. “Hablar y callar” inaugura esa zona misteriosa y paradójica que media entre el hablar y callar: el balbuceo, el intento de superar la dualidad. Y “Casa misteriosa” insinúa las correspondencias baudelerianas que permiten comprender lo que está fuera por lo que está dentro y viceversa. “Nadie lo logra” pero existe la posibilidad de un acercamiento a esa casa misteriosa, esa casa del ser. ¿La flecha dará alguna vez en el blanco? ¿La aproximación es la única posibilidad? ¿No será que el trayecto es más importante que el destino? Se hace camino al andar, aunque uno nunca llegue...

Como ves, admirado Marco, tu poesía me ha hecho reflexionar a la vez que disfrutar intensamente. Siento que la poesía es como un test proyectivo, un gatillo, un desencadenante. A veces logra el efecto de la magdalena de Proust, o el ozono que desencadena recuerdos. Tus líneas me han retrotraído un poco a la infancia y adolescencia cuando empezaba a despuntar mi inquietud intelectual. Pero también me han impactado por su rara combinación de precisión y sensibilidad.

Gracias por este regalo.